

COMENTARIOS AL ARTICULO DE EDWARD SHILS

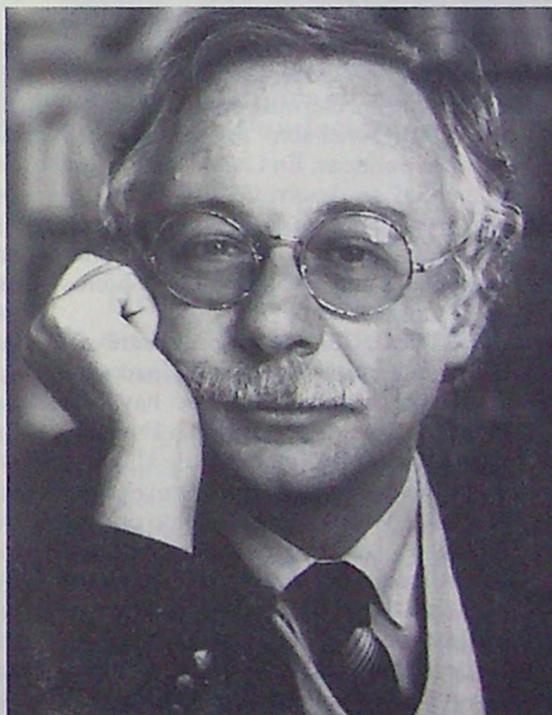
1. IDEA DE UNIVERSIDAD Y REALIDAD LATINOAMERICANA

José Joaquín Brunner hace un análisis comparado entre la Idea de la Universidad de Humboldt y la actual situación latinoamericana en materia de educación superior. El profesor Brunner es sociólogo, con estudios de postgrado en la Universidad de Oxford, especialista en sociología de la educación y la cultura, temas sobre los que ha escrito numerosos textos y trabajos.

Actualmente se desempeña como profesor-investigador de FLACSO y es miembro del Comité Académico del Programa Latino Americano del Social Science Research Council (USA) y del Consejo Superior de Educación. José Joaquín Brunner es el actual Presidente del Consejo Nacional de Televisión.

Ya en 1930, Abraham Flexner observó que las modernas universidades estaban en curso de convertirse en instituciones que servían múltiples propósitos. Se habían transformado, escribió, en "escuelas secundarias, institutos profesionales, escuelas de entrenamiento para maestros, centros de investigación, agencias remediales, negocio; todo esto y otras cosas simultáneamente". Advirtió que las universidades de su tiempo se comprometían en "increíbles absurdos", "un haz de cosas inconducibles"; "innecesariamente se abaratan, vulgarizan y mecanizan a sí mismas". Peor que todo, según Flexner, "estaban en curso de transformarse en 'estaciones de servicio' para el público en general".

Treinta años más tarde, Clark Kerr anunció el advenimiento de lo que él llamó la "multiversidad": una "ciudad de infinita variedad". Su ejemplo favorito fue la Universidad de California, cuyos gastos operacionales alcanzaban por esos años (comienzos de los sesenta) a medio billón de dólares, con 100 millones adicionales invertidos en construcciones; un empleo total superior a 40 mil personas, más que la IBM y en una mayor variedad de tareas; operaciones en cien localidades distintas, incluyendo campus, estaciones experimentales, centros de extensión urbanos y agrícolas, y proyectos desarrollados en el exterior en sobre cincuenta países; cerca de 10 mil cursos registra-



J. Joaquín Brunner

dos en sus catálogos; algún tipo de contacto con casi todas las industrias, con casi todos los niveles del gobierno y con casi todas las personas de la región. En su interior se mantenían y operaban innumerables y costosos equipos. En sus hospitales nacían 4 mil niños anualmente.

Sus alumnos estaban entonces a punto de alcanzar los 100 mil, casi el tercio de los cuales se encontraba matriculado en el nivel de postgrado; sin embargo, solo un tercio de los gastos se

hallaba asociado a la docencia. Tenía cerca de 200 mil alumnos de extensión, incluyendo a uno de cada tres abogados y a uno de cada seis médicos del Estado.

A esta altura, cuando Kerr escribió su provocativa *The Uses of the University*, era evidente que las universidades del mundo ya no respondían a una "idea", aunque podían inspirarse en modelos, aprovechar tradiciones, apoyarse en valores e identificarse con ideales tanto como eran capaces de asumir en su retórica institucional.

El artículo de Edward Shils, escrito sesenta años más tarde que el de Flexner y treinta años después que Kerr acuñara el término y analizara la "multiversidad", lamenta el fin de uno de aquellos modelos: la Idea de Universidad enunciada por Humboldt a comienzos del siglo XIX. Según ese modelo, la universidad debía ser una institución donde investigación y enseñanza se acoplaran íntimamente, dotada de autonomía y libertad, dedicada por entero a la empresa de hacer crecer y avanzar el conocimiento y de formar a sus futuros creadores y practicantes, alejada de los ruidos de las calle y de las solicitudes de la multitud.

En realidad Shils identifica sin más la "idea de universidad" con el modelo humboldtiano, posición que le permite en seguida, en una vena similar a la de Flexner, mostrar las inconsistencias, variados desarrollos y desvaríos múlti-

II. UNIVERSIDAD CONTEMPORANEA

ples y disparatados de la universidad contemporánea que, como sabemos, se asemeja más a la Multiversidad de Kerr que a la Universidad Humboldtiana de Berlín del siglo pasado.

Así, Shils se sorprende de las extrañas cosas que tienen lugar en las universidades de su país: "Fútbol casi-profesional, básquetbol pre-profesional, la enseñanza de actuación teatral, escritura creativa y lectura remedial para los alumnos, entrenamiento en sensibilidad étnica para profesores, y otras similares".

¿Podríamos los latinoamericanos extrañarnos de todo eso, cuando aquí, entre nosotros, casi no llegó a implantarse nunca la "idea (humboldtiana) de universidad" y donde lo que pasa por universidad esconde tan disímiles experiencias y características?

Deben existir en América Latina en la actualidad más de 500 instituciones universitarias, abarcando desde megamultiversidades estilo Universidad Nacional Autónoma de México, con más de 200 mil alumnos, de los cuales una proporción pertenece a la escuela superior secundaria, hasta universidades con 200 alumnos o menos, como registran algunas de las instituciones creadas durante los años ochenta en Chile. De esas 500 universidades, quizá existan 50 que hacen alguna investigación de cierta complejidad y en diversas disciplinas y especialidades, cuyos resultados son publicados internacionalmente. Las demás son entidades docentes; un centenar o más de las cuales son meramente fábricas de certificación profesional.

A nosotros, ¿qué nos puede sorprender, entonces? Aquí las universidades han estado comprometidas en movimientos revolucionarios y en asonadas militares. Yo mismo he visto flamear en el mástil mayor del Estadio de la tradicional Universidad de San Marcos, una de las más antiguas de la región, la bandera de Sendero Luminoso. En otra tradicional y renombrada universidad, la Universidad de Chile, durante los años del régimen militar, uno de sus rectores - un militar de comandos especiales - celebró el aniversario de la institución

descendiendo sobre ella en paracaídas.

Muchas universidades de estas latitudes reflejan la pobreza de nuestros países: sin embargo, algunas gastan por alumno más que las universidades de Holanda. He visitado una universidad recién formada donde la biblioteca contenía no más de diez títulos, y otra, en el centro de la ciudad de La Paz, donde la fachada de la casa principal apenas podía entreverse en medio de los *grafitti* y las consignas.

También algunas de nuestras universidades poseen equipos de fútbol profesional, hospitales, orquestas, grupos de teatro, centros de control de calidad y laboratorios que venden servicios. Algunas se asocian con empresas, otras con partidos políticos; en algunas - como ocurre con cierta frecuencia en Colombia - los alumnos son asesinados en los claustros o a la salida de ellos; en otras, la policía interviene, las puertas del conocimiento se cierran por un mes o tres, y los profesores son "exonerados" por razones políticas. En Chile la televisión comercial se desarrolló y continúa al amparo de algunas universidades; en Ecuador, hace una década, había más estudiantes universitarios que obreros en la fuerza laboral.

La verdad es que en materia universitaria, a los latinoamericanos nada nos puede sorprender. En Chile hay casi tantas universidades como en Francia, pero sólo una décima parte de alumnos matriculados en ellas. En la Universidad Nacional de Colombia el sueldo promedio de los jardineros es superior al sueldo promedio del equipo de ingenieros que maneja el sistema informativo de esa institución. Hace pocos años el Rector de la Universidad de Córdoba denunció que en su universidad, el 50% de la planilla de sueldos correspondía al personal administrativo. En Venezuela hay universidades donde producir un graduado demora en promedio más de quince años / alumno. En Brasil, cerca de un tercio del costo unitario del alumno inscrito en una universidad federal corresponde a gastos de administración central y atención de los hospitales

universitarios.

La universidad, si acaso alguna vez tuvo un alma unitaria como supone Shils -o sea, una idea o principio rector- la perdió al llegar a estas tierras de la mano de la corona y la cruz. Se implantó aquí en medio del atraso y la distancia -al comienzo apenas contaba con profesores- y desde entonces viene desarrollándose como un río con mil torrentes diversos, toda revuelta, impulsada por hombres soñadores, intelectuales, sacerdotes, comerciantes, patrones políticos, juristas, caudillos de pueblo, unos pocos científicos, multitudes de profesores-hora, militares, gobernantes y millones de jóvenes que pasan por sus aulas recogiendo sueños, conocimientos, frustraciones, retazos de cultura, privilegios y penas.

Lado a lado, bajo el mismo cielo, dentro de la común ciudad del saber, coexisten en estas latitudes fragmentos de la universidad del espíritu y pedazos de la universidad burocrática; maestros y charlatanes; sabios insignes y eximios copistas; opulencia académica y miseria física y cultural. Nuestras universidades han bebido de todas las fuentes: Salamanca y Alcalá de Henares primero, luego Humboldt, Napoleón y sus escuelas profesionales, Oxford, las universidades norteamericanas, los institutos politecnos alemanes. Pero todas esas influencias han debido adaptarse y pagar el precio de nuestra realidades, limitaciones y controversias. Pues ellas han sido tributarias, además, de la colonia y la independencia, del centralismo administrativo del Estado y del peso secular de la iglesia, de arcas fiscales siempre en dificultades y del torbellino de la política, de nuestra dependencia cultural y nuestra abigarrada inserción en la modernidad.

En suma, nuestra idea de la modernidad ha sido la de mantener encendido el fuego en medio de la noche y de los vientos cruzados; la de hacer sobrevivir -en medio de la estrechez- la vigencia de las ideas frente a la fuerza y del conocimiento frente a los fueros burocráticos, el poder político y la marginalidad internacional. □